

Chinos en el vecindario

Xi Jinping quiere llevar su Ruta de la Seda por el mundo. Las inversiones chinas ya se tomaron Asia y África. Ahora, los ojos están puestos en América Latina.

ENTRE LAS MUCHAS CARACTERÍSTICAS con las que se suele describir a Xi Jinping, presidente de China, hay una que lo representa sobre las demás: su ambición de grandeza. No solamente se ha erigido como una figura dominante y omnipresente en su propio país, sino que ha buscado que pase lo mismo con la influencia de China en el mundo entero. Para que eso ocurra,

Xi le apostó a un proyecto de dimensiones globales: la Ruta de la Seda. La iniciativa, tildada de táctica imperialista por unos y de oportunidad de progreso por otros, ha entrado con fuerza en un buen número de países latinoamericanos, después de haber conquistado alguna parte de Asia y África.

Justamente la semana pasada, Xi recibió en Beijing el segundo Foro de la Ruta de la Seda, y asistieron más de 36 gobernantes del mundo, una cifra extraordinaria para una convocatoria de esa clase.

No es precisamente una iniciativa nueva. Xi la presentó en 2013, y la bautizó así para recordar el glorioso pasado comercial de China, cuando era el único país que producía y comercializaba esa exclusiva tela. La propuesta, también conocida como Iniciativa de la Franja y la Ruta (Belt and Road Initiative, en inglés), va mucho más allá. “El proyecto del siglo”, como lo suele llamar el mandatario chino, gira en torno a dos componentes: infraestructura y tecnología.

¿En qué consiste? A grandes rasgos, participar en la Ruta de la Seda le abre la puerta a un país a inversiones de enormes proporciones. Tanto, que el proyecto cuenta con su propio banco: el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. Con esto, las naciones participantes acceden a millonarios préstamos para hacer líneas de tren, aeropuertos, proyectos 5G, represas,

hidroeléctricas, puertos o puentes, entre muchas otras posibilidades.

De labios para afuera, China argumenta que su iniciativa le da un empujón importante a la economía de otros países. Para los conocedores del caso, la Ruta de la Seda también busca aumentar el poder geopolítico de China en el mundo y su prestigio comercial.

Aunque el Gobierno de Xi ha recalcado los buenos resultados de su ambicioso plan (en 2018, el comercio entre Asia, Europa y África sumó 2 billones de dólares, según el Banco Mundial), la Ruta de la Seda no ha estado exenta de reparos, y Estados Unidos ha encabezado las críticas a la iniciativa.

La Casa Blanca asegura que el dinero de China no es más que un regalo envenenado. El secretario de Estado Mike Pompeo ha dicho que “*hay que tener los ojos bien abiertos al negociar con China, pues su actividad económica es depredadora*”.

Ante las críticas, Beijing se defiende. Una editorial del medio estatal *Global Times* afirmó que las acusaciones de Pompeo eran “*irrespetuosas*”, y que solo buscaban desestabilizar los recientes acercamientos con los países latinoamericanos.

Sin embargo, sí hay casos preocupantes. Muchos de los préstamos para los proyectos de infraestructura han cargado altos intereses, lo que dificulta su pago, tal como pasó con el puerto de

